

NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE

POR la misma razón que a Unamuno, el autor de «Nada menos que todo un hombre», le quitaron el nombre de su calle, han quitado de la vida, han derribado en una calle de San Sebastián a su paisano Gregorio Ordóñez, nada menos que todo un hombre, nada más que un español que aspiraba a ejercer de ciudadano aun a costa de su vida, que es un poco la nuestra, un poco la vida de todos. Con



Gregorio Ordóñez no han matado sólo al candidato a la Alcaldía de San Sebastián, al hombre que representaba al partido más votado de esa ciudad. Han matado también la esperanza de una vida más vida, de un País Vasco que no sea sólo pasto de los buitres y de los cobardes vestidos de pontifical, sino también de los hombres que se atreven a llamar asesinos a los asesinos, miserables a los miserables y ratas a las ratas. Al matar a Gregorio Ordóñez, los etarras, y todo lo que ellos representan, han querido asesinar a la voluntad de verdad, de llamar a las cosas por su nombre, que anida en el ser humano. También en el ser humano del País Vasco, aunque, a fuerza de terror, allí se haya vuelto menos visible esa tentación, esa libertad.

No conocía a Gregorio Ordóñez. Tampoco hacía falta. Todos los españoles lo conocíamos. Todos los españoles lo conoceremos ya para siempre, porque la muerte abre para los hombres públicos cuando mueren en el ejercicio dignísimo de su función, una vida perdurable más allá de la tumba. Gregorio Ordóñez ha ganado ya la elección definitiva, la que probablemente a él le hubiera hecho más gozo, la de ser, para todos sus compatriotas, para todos nosotros, nada menos que todo un hombre, un hombre que al ser abatido cobardemente por algo menos que un hombre, por una rata encapuchada, en vez de caer se ha elevado definitivamente por encima de lo cotidiano, de lo corriente, de lo contingente y lo superfluo. Ha muerto un concejal de San Sebastián que aspiraba a ser alcalde. Ha nacido un símbolo

de la lucha por la dignidad de los vascos españoles, por la libertad de todos los vascos, se sientan de donde se sientan y sean de donde sean. Nos han matado a un compatriota. Han hecho nacer a un héroe.

Los héroes modernos no se hacen en las batallas ni en los campos de fútbol. Un héroe en el País Vasco es el que cada mañana sale de su casa con el miedo al hombro y hace su vida, dice lo que

piensa, habla lo que siente y defiende lo que cree justo como si no corriera peligro de muerte, como si por ser libre no corriera peligro de dejar de ser, de morir, al menos, a esta vida. Gregorio Ordóñez ha sido, era, es un héroe contemporáneo, porque nunca se escudó ni en la «comprensión» ni en la «reconciliación» ni en la «hermandad del extravío». Ni quiso comprender ni quiso reconciliarse ni quiso hermanarse con los asesinos en nombre de «Euskadi», ese altar sangriento donde unos ponen los muertos y otros las absoluciones. Ordóñez fue un radical, dicen. En efecto, porque quiso ser, desde la raíz, desde la verdad, ni más ni menos que un hombre, nada menos que todo un hombre. Por eso lo han matado: porque los hombres suelen estar de más donde se echan de menos.

Yo sé que a su familia nada va a curarla de su desconsuelo, pero quisiera transmitirle, especialmente a ellos y también a sus compañeros, a sus amigos, a sus correligionarios, a sus compatriotas del País Vasco, la seguridad de que una vida así truncada, nunca ha sido en vano. Que con su miedo a cuestras, con su miedo vencido cada mañana, Gregorio Ordóñez ha vivido más que la mayoría de los vascos, que la mayoría de los españoles. Que cuando tenga su calle en San Sebastián, como Enrique Casas, como tantos mártires por la libertad de España, los que por ella pasen, los niños que en ella jueguen, le deberán un trozo del cielo que allí se vea, del cielo que él se ha ganado.

Bendito sea. Malditos sean.

Federico JIMÉNEZ LOSANTOS